

**Lcdo. Tony Rafal**  
**Secretario de Estado de Cultura**

**Palabras de Exaltación**

Asistimos esta noche a un acto especial para la cultura nacional: el reconocimiento a la vida y obra de un escritor dominicano cuyo impresionante ritmo de trabajo ha producido un conjunto de textos fundamentales para nuestra literatura.

El ejercicio literario determina asumir la investigación y la creación desde perspectivas transformadoras del lenguaje, enriquecedoras culturalmente, desafiantes en todo su entorno escritural, establecidas como vectores de una lengua que demanda complicidades en la imaginación creadora y en el proceso social y humano de su destino como valor trascendente, como testimonio y consagración.

La literatura tiene sentido en su propia lucidez humana, sus materiales, sus signos lingüísticos, sus personajes, sus referencias, sus emplazamientos figurativos, sus mentiras que pueden ser verdades y sus verdades que se vuelven mentiras en ese escenario ígneo de la palabra, sus provocaciones, corresponden a un trono de artilugios y florilegios, no menos auténtico que la vida misma, cuyo vórtice plural todo lo anega y cambia.

Jean Paul Sartre, siempre odiado y amado en una simultaneidad corrosiva del tiempo histórico, preguntó, ¿para qué servía la literatura, frente a un niño que se moría de hambre? Y recomendó a los noveles escritores africanos que despuntaban en el despertar descolonizador de los años del gran Lumumba, que en vez de escribir novelas y poesías, se dedicaran a alfabetizar sus nacionales y a construir nuevas sociedades humanizadas.

En Sartre todo era escándalo y sortilegio. Sin embargo la literatura tiene otro sentido, mucho más necesario en la vida de un pueblo y en el valor universal de la cultural. Se puede alfabetizar sin dejar de escribir,

porque la escritura implica aportes esenciales a la formación de una conciencia cultural, porque la creación, la ficción, se convierten en escalpelo de la realidad insuficiente y acciona modelos alternativos, cambia todo lo vivido, da por vivido todo lo soñado. Su registro de clima interior y pasión humana tiene la fuerza revolucionaria de echar abajo prejuicios y verdades absolutas.

¿Qué ha sido la literatura sino mitología y ruptura desde “La Ilíada” de Homero al “Ulises” de Joyce? ¿Quién, que esté satisfecho, ha dicho Vargas Llosa, puede escribir jamás una novela o emprender la aventura de una obra de ficción creadora? La propia naturaleza humana, desigual como todo acto de vida, es una búsqueda, un acuciante itinerario de angustias, un desbordamiento de las más increíbles hazañas y abyecciones, perímetro desolador donde se desgarran el alma el escritor, aquelarre fantástico en el cual ritualiza sus íconos y conjuros la memoria fértil del narrador.

La obra permanece como tributo. Toda literatura es reflejo prodigioso de una cultura, de un sentimiento, de una opción desencadenante de conciencias alteradas dentro de un circuito también alterado de imágenes, de percepciones subjetivas y hallazgos mortales.

En su pluralidad viviente, el escritor vive una libertad poderosa, amo y señor de su vocación irreductible, peón de sus propios personajes, pierde el estribo y la montura, cabalga en otros que asumen vida propia en el tiempo, en el horario apasionante de su relato. Pero el escritor no puede escapar a su humanidad, no hay en su fortín psicológico ningún usuario extraño que se desasocie de la imaginación que con barro humano ha creado en la memoria colectiva la propia humanidad. Por ello todo envanecimiento excesivo delata tentativas ridículas.

En nuestro país, el Estado no ha cumplido con las demandas y exigencias básicas de auspiciar y fortalecer el marco material de los escritores y artistas. Una ignorancia provocadora ha convertido en desidia y desdén desde el siglo antepasado, toda responsabilidad de inversión en el plano de la cultura. Ha llegado el momento en que bajo la égida de un nuevo Ministerio de Cultura podamos emprender la tarea pendiente de

dignificar al escritor dominicano y de impulsar los objetivos culturales de la nación, hoy requeridos en la transición de un proceso social que identifica los valores de la nacionalidad a través de la cultura y la identidad nacional.

En ese interregno fascinante por el carácter convocante de las fuerzas del desarrollo cultural de la nación, hay que destacar la labor que ha realizado desde algunos años la Fundación Corripio. Se trata de una institución que ha venido a compensar la ausencia del Estado en los niveles gratificantes de la dignidad del escritor.

Gracias al esfuerzo y a la actividad verdaderamente solidaria del Señor José Luis Corripio y quienes le acompañan, se ha podido institucionalizar el Premio Nacional de Literatura, presea a toda una vida de un escritor, al esfuerzo sostenido de un intelectual al servicio de la lengua con rigor y apego crítico.

Este Premio Nacional de Literatura es el más alto de los honores, la distinción más hermosa, el estímulo en conjunto de la Fundación Corripio y del Estado a través de la Secretaría de Cultura, como coauspiciador, siguiendo las instrucciones y los mandatos que el Presidente Hipólito Mejía ha establecido, de favorecer cada día con mayor énfasis, un gran pacto del Estado, la sociedad civil y los empresarios a través de la cultura.

Reciba, Carlos Esteban Deive, nuestras congratulaciones. Merecido premio que el país entero aplaude. En el surco de sus realizaciones, Esteban Deive ha sido consistente y eficaz. Sus libros están aquí, ahora, como pruebas fehacientes de una labor productiva insertada en nuestra mejor literatura. Este español dominicano, a quien todos hemos aprendido a querer, más dominicano que español, ha sido durante mucho tiempo, un hermano querido, que nos representa esta noche, con la sobriedad y sinceridad de su conducta, con sus ademanes, con sus palabras, con sus gestos, con su obra, con el entrañable amor por nuestro pueblo, en esa práctica escritural que honramos y que nos honra con el Premio Nacional de Literatura.

26 de febrero 2001